

GLOSAS

ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA



Correspondiente de la Real Academia Española

Director: Gerardo Piña-Rosales

Comisión de Traducciones
Presidente: D. Joaquín Segura

Vocales, por orden de antigüedad de nombramiento:

D. Emilio Bernal Labrada, D. Antonio Culebras, D.^a Leticia Molinero, D. Francis D. Gómez, D. Mordecai Rubín, D.^a Beatriz Varela, D. José Manuel Gómez y Méndez, D.^a Estelle Irizarry, D. Wenceslao Carlos Lozano, D. David J. Deferrari, D.^a Rima de Vallbona, D.^a Silvia Faitelson-Weiser, D. Ubaldo Di Benedetto, D. Carlos Abad, D. Fernando A. Navarro, D. Tomás Rodríguez-Pantoja, D. Raúl Miranda Rico, D. Domingo Prieto, D. Francisco Marcos Marín, D. Eugenio Chang-Rodríguez, D. José Luis Sierra-Ponce de León, D. Antonio Garrido Moraga, D. Joaquín Badajoz, D. Juan Manuel Pascual, D. Daniel Fernández, D. Gerardo Piña-Rosales, D. Nicolás Toscano Liria, D. Rolando Hinojosa-Smith, D.^a Domnita Dumitrescu, D. Carlos E. Paldao, D.^a Nuria Morgado.

Volumen 8, Número 1

Noviembre de 2012

Redacción: J. Segura, 35142 Carnation Lane, Fort Mill, S. C. , Teléf. 803-547-0515
Correo electrónico: jbsegura3@gmail.com

[www. anle. us](http://www.anle.us)

Estructura de la paremia y su presencia en los diccionarios*

Hyosang Lim

Universidad de Corea & ANLE

Síntesis:

La paremia tiene una estructura que se acerca a la de la palabra. Las frases hechas, las expresiones, algunos coloquialismos tienen también estructura pluri-léxica, es decir, se forman con varias palabras, pero en la frase funcionan, en muchas ocasiones, como un significado indivisible añadido en su conjunto. El refrán traduce un pensamiento más complejo que el de la palabra, pero en su estructura es indivisible y funciona como un significado más añadido a la frase. Esa condición semántica que lo acerca a la lexía debería ser suficiente para su incursión, como un signo lingüístico más, en los repertorios léxicos generales. Y es verdad que existen publicaciones que recogen colecciones de refranes, pero no es fácil encontrar diccionarios generales que los incluyan. La dificultad suele ser la difícil alfabetización de los refranes. Por eso ni el Diccionario de la Real Academia, ni el Diccionario de Uso de María Moliner los tiene en cuenta. Una de las maneras de almacenarlos, de contar con ellos como se cuenta con el repertorio léxico general, es incluirlos en diccionarios de campos semánticos. De esta manera podríamos clasificar los refranes por campos afines. Algún diccionario ideológico los toma en consideración, pero solo uno de ellos ha intentado clasificarlos de manera masiva para poder ir en su búsqueda cuando se necesiten para ilustrar la expresión oral o la escrita.

Si un enunciado breve y sentencioso, más o menos cargado de ingenio, transmite un mensaje ilustrativo que incita a la reflexión tanto por su forma (estética, atractiva) como por su contenido (moralizante, instructivo, pedagógico) entendemos que se trata de una paremia. Utilizamos en este artículo refranes y proverbios “con frecuencia metafóricos y con un argumento inapelable” (Anscombe, 1999). Y, como sucede en todo repertorio léxico, no son todos los que están.

Las paremias aparecen en todas las culturas y lenguas. Podríamos decir que no son ajenas al patrimonio fijo de las lenguas de la misma manera que las lexías, las expresiones o las estructuras perifrásticas del verbo. Entendemos que las paremias son combinaciones de palabras a veces más o menos efímeras y con frecuencia estables (pueden ser recogidas en un repertorio), y utilizadas con oportunidad enriquecen el discurso oral, y también el escrito, como hizo Miguel de Cervantes esparciendo refranes-sentencia en el *Quijote*.

La paremia viene a ser una unidad lingüística lexicalizada, y por tanto contable y con tantas posibilidades de ser catalogada como el léxico. Su transmisión oral y en menor grado escrita, su uso a modo de pensamiento sintético, su expresión sencilla y los principios estilísticos que contribuyen a su mantenimiento en la lengua (estructura bimembre, tendencia a esquemas métricos, ausencia de artículos) los acercan considerablemente al patrimonio del léxico y las expresiones de las lenguas. Si la unidad que en lingüística llamamos *palabra* no estuviera condicionada en su definición por los espacios en blanco que aparecen en la escritura, podríamos decir que el refrán, el proverbio, es una palabra compuesta, un enunciado que transmite un pensamiento cristalizado, fijado, sellado, que permite ser introducido en su conjunto en la cadena oral o la escrita. Podríamos atribuirle la categoría de enunciado, pero no puede ser porque, a pesar de las transformaciones propias de la expresión oral, su estructura no varía.

Si decimos “*En abril aguas mil*”, lo que transmitimos es que suele llover en abril o que no es extraño encontrarse en abril con la lluvia, pero hemos fijado una lexía alejada del enunciado *En abril llueve*, tan vacío de encanto, o *En el mes de abril solemos tener lluvias*,

tan impropio del la economía del lenguaje, o *Normalmente el mes de abril es el mes de las lluvias*, tan exento de gracia para transmitir un pensamiento repetido. El refrán, la paremia, se tiñe de estructura bimembre, “en abril / aguas mil”; rítmica, porque son dos versos trisílabos; y métrica, porque mantiene una original rima consonante en “il”. Ha nacido un término que comparte funciones léxicas, que aparenta estructura de sintagma (gracias a la elipsis verbal) y que contiene todo un enunciado.

Las paremias, los refranes, sobreviven como las palabras porque superan el tiempo y se manifiestan, además, en todos los ámbitos de la vida en común del hombre y la mujer. Esta cualidad de frases lexicalizadas, de transmisión en el tiempo y de uso en la cadena hablada a modo de unidad fija y no de combinación elaborada de palabras, es precisamente la que lo acerca a la posibilidad de contar con ellos en los diccionarios de la lengua.

Pero los refranes no se prestan a la alfabetización. Caen fuera de las normas lexicográficas porque nuestra unidad para el estudio léxico es la palabra, y no la combinación de palabras con la intención de sintetizar un pensamiento. Coinciden sin embargo con el caudal léxico de los diccionarios en la dificultad para su selección, pues, al igual que las palabras, es prácticamente imposible hacer un repertorio de su integridad o incluso de su correcta selección porque el lexicógrafo no puede acceder al uso generalizado de la lengua oral, y eso a pesar de que lingüística de corpus cada vez permita con más facilidad el acceso al uso escrito.

¿Cómo, dónde y con qué criterio podría lograrse un repertorio, un diccionario que recoja el refranero de una lengua de modo que sea de fácil consulta? Hemos visto que el diccionario alfabético no se presta a ello, y añadiremos que la solución de un diccionario especializado en refranes tampoco contribuye a la localización, aunque facilite en muchos casos los significados, el origen, la evolución y otros aspectos de las estructuras.

Las paremias, en efecto, no suelen ser objeto de los diccionarios. El Diccionario de la Real Academia Española (2003) prescinde de ellas por razones que no necesitan explicación. Ni siquiera el Diccionario de Uso de María Moliner (2001), estudio tan delicado del léxico, de las expresiones, de la práctica, de los campos semánticos, allí llamados catálogos, que acompañan alfabetizados a las entradas de hiperónimos, encuentra la posibilidad de concederles un espacio.

¿Dónde pueden quedar recogidos los refranes? ¿Qué diccionario de la lengua podría contar con ellos?

Siempre hemos pensado que el mejor espacio para hacer un repertorio de refranes, podría ser el Diccionario ideológico o conceptual. Tendríamos, evidentemente, las mismas limitaciones que encontramos para el léxico, es decir, la ausencia de muchos de ellos que para determinados hablantes resultarían evidentes. Veamos en qué diccionarios podrían estar y de qué manera se prestan a ello.

En la tradición lexicográfica inglesa la clasificación semántica recibe el nombre de *Thesaurus* (1852), y en la francesa encontramos la misma terminología, *Thésaurus* (1992), pero la palabra *analogie* (2009), más ajustada a la costumbre y los usos francófonos, parece haber desplazado a la voz *thésaurus*.

La tradición rusa prefiere *temático* (2000), y en las modernas ediciones de este tipo de diccionarios, que podríamos llamar de clasificación semántica, no se ha prodigado un término general que identifique de otra manera a este tipo de repertorios conceptuales.

Contamos en la tradición castellano-española con un inconveniente terminológico. La voz *tesoro*, utilizada en el diccionario de Covarrubias (1611), no arraigó en la composición lexicográfica. Cuando tuvimos la ocasión de disponer de un repertorio con clasificación semántica, su autor, Julio Casares (1949), lo llamó *ideológico*. Y mientras la terminología inglesa mantuvo el término de su primer creador, y la francesa ha evolucionado hacia *Le dictionnaire des analogies* (2009), la española, como cabía esperar, se refugia igualmente en la terminología de su creador, la de ideológico. Desde entonces han aparecido otros dos diccionarios ideológicos de la lengua española aferrados a la tradición del término, el dirigido por Manuel Alvar (1995) y el de Rafael del Moral (2009). Este último lexicógrafo acuñó el adjetivo *temático*, como en la tradición rusa, en un peculiar diccionario de campos semánticos (1999).

El modo ideológico de presentación de terminología que utiliza Casares en su ordenamiento no da cabida a los refranes. No podría hacerlo en una clasificación que, siendo ideológica, se organiza en orden alfabético. Casares concibe unos dos mil hiperónimos, todos ellos sustantivos, y rellena su campo también con sustantivos, a los que añade verbos, adjetivos y adverbios, pero no refranes. Como el refrán no pertenece estrictamente a ninguna de esas categorías, prescinde de ellos. No es ajeno, sin embargo, a algunas expresiones. Así, en la entrada “apostar” incluye *echar a cara y cruz, jugar fuerte, ir a la par, poner por encima, sacarse la espina...*, pero no incluye el refrán *Afortunado en el juego, desafortunado en amores; desgraciado en el juego, afortunado en amores*, o su versión más estilística *Afortunado en cartas, desgraciado en faldas*.

Tampoco la conceptualización dirigida por Manuel Alvar entra a considerar los refranes. Su presentación ideológica se ve trabada por la necesidad de una parte pormenorizada y alfabética de todas y cada una de las palabras clasificadas. Cabe añadir que, al igual que Casares, añade un diccionario semasiológico, también alfabetizado, que ocupa más de la mitad de las páginas.

Tal vez la posibilidad más plausible para introducir los refranes sea aquella que convierte en más puros los campos semánticos y facilita la posibilidad de que aparezcan. Tradicionalmente se considera a los refranes como expresiones propias del lenguaje oral, o coloquial, o familiar. En los últimos años han aparecido numerosos diccionarios dedicados a recopilar estas expresiones (*Diccionario del español coloquial, Diccionario fraseológico, Diccionario de expresiones malsonantes...*), pero no suele ser frecuente que un diccionario de la lengua añada con generosidad terminología fraseológica, coloquial, vulgar y en menor medida refranes.

¿Cómo podrían las paremias encontrar su espacio para poder catalogar con fácil acceso a los refranes tradicionales, a los olvidados, a los nuevos y también permitir la entrada a los de reciente creación? Creemos que para ello se hace necesaria una clasificación ideológica que permita introducirlos de manera inequívoca. La de Julio Casares acaba siendo alfabética, por tanto no facilita los añadidos. La de Manuel Alvar admitiría las entradas de refranes, pero no lo planteó como objetivo. En la clasificación de Rafael del Moral, estrictamente semántica, los refranes encuentran un mejor alojamiento gracias, en primer

lugar, a una doble o incluso triple clasificación de hipónimos –hiperónimos–; en segundo lugar, porque en los campos semánticos de lo que el autor llama *Atlas léxico de la lengua española* incluye terminología de la lengua coloquial, expresiones, comparaciones ingeniosas y por último refranes.

Ilustremos el concepto con un ejemplo. En el campo semántico *equivocarse* (uno de los mil seiscientos que contiene) la entrada se inicia con los sinónimos: *confundirse, desacertar, errar, fallar...* e introduce frases: *tener un despiste...* Pasa a la terminología coloquial: *trabucarse, pringarla... no dar pie con bola...* Y llega a las frases más amplias del tipo *confundir las churras con las merinas*, que ya se introduce en la paremia. Después de una breve alusión a la terminología malsonante y a otras situaciones derivadas como *tomar una cosa por otra*, concluye con los refranes: *Al mejor cazador se le va la liebre; el mejor escribano echa un borrón; quien tiene boca se equivoca*; y el más estilístico: *errando, al acierto nos vamos acercando*.

Este procedimiento clasificatorio puede llevarse a cabo cuando el lexicógrafo se inspira en apoyos lógico-semánticos que Rafael del Moral enumera en su artículo, *Principios para un diccionario conceptual y sistemático de la lengua española* (1998), del que recojo las ideas más convenientes para la clasificación: “Que esté dispuesta en una ordenación lógica”. (Un orden lógico hace innecesaria la explicación pormenorizada de los refranes); “Que aparezcan tantos campos y sub-campos como fueren necesarios para dar cabida a compartimentos o celdas capaces de albergar la totalidad de términos y expresiones”; “Que una palabra o sintagma o expresión domine desde su significado más amplio o hiperónimo al grupo de palabras o hipónimos que contiene.”

¿Cómo aparecen clasificados los refranes en el citado *Atlas léxico*?

Elegimos el campo semántico de la amistad. La entrada viene precedida de un número, el 53.01, cargado de significación organizativa. Los dos primeros se refieren al capítulo. El diccionario se inicia en el capítulo undécimo y termina en el octogésimo noveno. El primer número está asignado a cada una de las ocho partes del libro. Las dos primeras recogen la terminología conceptual referida a los principios generales de la existencia y al orden de los elementos. Las seis restantes cuentan con el hombre como centro de la naturaleza. La tercera recoge las palabras, expresiones y refranes relacionados con el cuerpo humano; la cuarta, con el espíritu, la quinta, la vida en sociedad, la sexta, las actividades económicas, la séptima, la comunicación, y la octava, el arte y el ocio. El número cinco, de amistad, indica la vida en sociedad.

En este apartado de ‘Vida en sociedad’ aparecen diez capítulos. Cada uno de ellos refiere un aspecto de la vida en común, entre los hombres y las mujeres, de tal manera que ningún campo asociativo relacionado con la vida en sociedad sea ajeno a esta parte del compendio. He aquí los capítulos del apartado:

50. Comunicación oral
51. Expresiones de la conversación
52. Imagen propia y moralidad
53. Relaciones afectivas
54. Vida en común
55. Dominio y sumisión

- 56. Prestigio social
- 57. Organización territorial
- 58. Ley y derecho
- 59. Guerra y paz

El que hemos elegido, el capítulo 53, contiene veintiún campos semánticos: los siete primeros clasifican sustantivos; los siete siguientes, adjetivos y adverbios; y los siete restantes, verbos y expresiones, incluidos los refranes. Entre cada una de las categorías gramaticales se establece una correlación de tal manera que el campo 53.01 ‘amistad’, tiene su correspondencia con el 53.08 que contiene los adjetivos y con el 53.15 que contiene los verbos.

He aquí el paralelismo de la organización:

Nombres	Adjetivos y adverbios	Verbos y expresiones
53.01 amistad	53.08 amestado	53.15 congeniar
53.02 enemistad	53.09 enemistado	53.16 enemistarse
53.03 amor	53.10 enamorado – amado	53.17 amar
53.04 frialdad	53.11 desencantado – detestado	53.18 detestar
53.05 matrimonio	53.12 casado	53.19 casarse
53.06 familia	53.13 familiar	53.20 familia y acción
53.07 herencia	53.14 heredado	53.21 heredar

Los refranes aparecen en el sector de verbos y expresiones clasificados de manera temática, de tal manera que en el campo semántico 53.15 *congeniar* se organiza del modo siguiente:

- ✓ En primer lugar los verbos simples, de tal manera que pequeños listados de verbos afines aparecen precedidos de un hiperónimo: *intimar, conciliar, ser amigos, poner paz, ponerse a bien...*
- ✓ Cada uno de estos hipónimos se convierten de nuevo en hiperónimos, así bajo *intimar*, encontramos *amigar, simpatizar, avenirse y tutearse*; y estos cuatro hipónimos se convierten a su vez en hiperónimos, de tal manera que presididos por *amigar*, encontramos *amistar, conciliar, concordar, confiar, confraternizar, corresponder, fraternizar, hermanar, hermanear y sintonizar*.
- ✓ A continuación aparecen las expresiones verbales precedidas del hiperónimo *ser amigos*, así como una amplia lista de hipónimos. Los nuevos hiperónimos son: *poner paz, ponerse a bien ...* Y así hasta agotar las expresiones.
- ✓ Un nuevo apartado, todavía sin salirnos del campo semántico, da paso a los coloquialismos: *caer en gracia, llevarse de calle, estar en la misma onda, hacer buenas migas; dar la mano, tender la mano, tender un puente...* que incluyen algunos americanismos, como el cubanismo *darse la lengua*, tan inadecuado en Europa.
- ✓ Otro pequeño listado nos recuerda otros coloquialismos como *quedar bien, quedar en buen lugar, quedar de perlas...* Todas estas expresiones coloquiales, formadas por más de una lexía, nos van aproximando a los refranes.
- ✓ Antes de llegar a ellos, encontraremos el apartado de la comparación ingeniosa. La comparación ingeniosa, poco tratada en lingüística como expresión independiente, se coloca en la antecámara de los refranes. En la comparación ingeniosa encontramos, de manera tácita o explícita, dos elementos, uno metafórico y otro real: *ser la sombra de alguien, ser de la misma cuerda, ser el ojo derecho de alguien, ser uña y carne*. En

todas ellas presentan un valor metafórico: *sombra, cuerda, ojo derecho, uña y carne.*

- ✓ Y en el apartado siguiente entramos en los refranes. En este caso encontraremos los relacionados con la amistad. Siempre el usuario tendrá en cuenta, una vez entendida la estructura, que en el apartado siguiente ha de encontrar los relacionados con la enemistad, y el siguiente y siguiente tendrá en cuenta el hiperónimo que da entrada al campo semántico.

En este caso nos encontramos clasificados una veintena de refranes de los que entresaco los siguientes: *Si hay trato, amigos pueden ser el perro y el gato. Al amigo y al caballo, no apretallo. Ni caldo recalentado ni amigo reconciliado. Quien bien te quiere te hará llorar. Amigo que no da pan y cuchillo que no corta, aunque se pierda no importa. El que de amigos carece es porque no los merece. El calibre de un hombre se mide por la cantidad de sus enemigos.*

En el siguiente campo semántico, en el 53.16, encontraremos el mismo orden, es decir, los hiperónimos *enemistar, desunir, desconfiar, discutir y pelearse*, y en el interior, sus hipónimos (*incitar, desunir y desconfiar*, por ejemplo, para *enemistar*) se convierten en nuevos hiperónimos acompañados de sus sinónimos, cuasi-sinónimos o ideas afines capaces de completar el campo. Aparecen a continuación las expresiones y por último los refranes clasificados en siete apartados. Algunos de ellos son los siguientes:

Comida hecha, compañía desecha. El pájaro que comió, voló. Quitósele el culo al cesto, y acabose el parentesco. Reniego del amigo que cubre con las alas y muerde con el pico. Quien a burros favorece, coces merece. Si dices las verdades, pierdes las amistades.

Según sea el hato, así te trato. Conforme ven el traje, tratan al paje.

Amor con amor se paga. Quien ríe el último, ríe mejor.

Zamarra y chaquetón, iguales son. Dios los cría y ellos se juntan. Camarón y cangrejo corren parejo. Lo que la loba hace, al lobo le place. Dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma condición.

Podría ser que en el listado anterior (citado de manera incompleta) algún usuario no entendiera el proverbio *Zamarra y chaquetón, iguales son*. Pero si consulta los otros que lo acompañan descubrirá el significado, es decir, el de dos amigos que acaban compartiendo sus opiniones.

En el siguiente campo semántico, el 53.17, el verbo *amar* es el hiperónimo. El autor considera que ahora debe clasificar, para no hacer un listado demasiado extenso, y lo hace con los siguientes conceptos:

AMOR Y FUERZA: Bien ama quien nunca olvida. Contigo pan y cebolla. Más vale pan con amor, que gallina con dolor. Donde hay amor no hay pecado. Adonde el corazón se inclina, el pie camina. Corazón cobarde no conquista damas ni ciudades. Para el amor y la muerte no hay cosa fuerte. El amor y el vino sacan al hombre de tino.

AMOR Y AMADO: Quien feo ama, hermoso lo parece. Amor con casada, solo de pasada. Amor con casada, vida arriesgada. Más vale amante bandido que novio jodido.

AMOR Y FUGACIDAD: Amor, viento y ventura, poco dura. Amores nuevos olvidan los viejos.

AMOR Y FORTUNA: Boda y mortaja, del cielo baja. Afortunado en juego, desgraciado en amores.

AMOR Y PRINCIPIO: De amores el primero, de lunas las de enero. Amor viejo, ni te olvido ni te dejo.

AMOR Y DOLOR: Amor y dolor son del mismo color. Amor sin celos, no lo dan los cielos.

AMOR Y CAMBIOS: El amor es demencia, y su médico, la ausencia.

AMOR Y RIQUEZAS: Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor salta por la ventana. Amor por interés, se acaba en un dos por tres.

AMOR Y DESCENDENCIA: Si al amor haces señales, anda comprando pañales. Si al amor le haces caso, es seguro el embarazo.

AMOR Y TIEMPO: A los quince, los que quise; a los veinte, con el que diga la gente; a los treinta, el primero que se presenta.

AMOR Y EMPALAGO: Los amantes de Teruel, tonta ella y tonto él.

Es evidente que hay al menos dos refranes de este campo que necesariamente deben aparecer en el campo semántico de las bebidas, sub-campo del vino, que son: *Vinos y amores, los viejos son los mejores* y *El amor y el vino sacan al hombre de tino*.

De la misma manera encontraremos, más adelante, los referidos a la familia: *El que a los suyos parece, honra merece. De padre cojo, hijo rengo*. Seguidos, en campo posterior, de los que aconsejan sobre el comportamiento y protocolo en las relaciones: *Allí donde fueres, haz lo que vieres. Donde hablen, habla; donde ladren, ladra. Donde veas a todos cojear, debes, a lo menos, renquear. Si entre burros te ves, rebuzna alguna vez. En lo que no te va nada, no metas tu cucharada*. No podrían faltar aquellos que recuerdan la mala recompensa recibida a cambio de un buen trato: *A buen servicio, mal galardón. Del buen trato nace el ingrato. Rogar al santo hasta pasar el tranco*. O el más popular: *Si te he visto no me acuerdo*. Y tampoco aquellos que se refieren a quienes se aprovechan de las situaciones: *Andar a viva quien vence. Arrimarse al sol que más calienta. Poner la capa como viene el viento. El interés mueve los pies. Menea la cola el can no por ti, sino por el pan. ¿Quieres que te siga el can?, dale pan. Oyendo «toma» ¿quién no se asoma?* Y en comprometerse: *Quien promete, en deuda se mete*. Y para señalar la traición: *Cara de beato y uñas de gato. Delante hago acato y por detrás al rey mato. Tener un pie en Judea y otro en Galilea*. Y así sucesivamente.

Es verdad que los espacios reservados, los capítulos, los campos pueden ser discutibles, pero no más, ni menos, que otros diccionarios de este tipo.

El *Diccionario Ideológico – Atlas léxico de la lengua española* contiene unos mil seiscientos campos semánticos. Aproximadamente un tercio de los mismos están dedicados a verbos y expresiones. Existen campos que se prestan más que otros a la presencia del refrán.

En los capítulos de las relaciones humanas son más frecuentes que en los apartados de economía. No obstante los campos semánticos del manual dedicados a verbos y expresiones se encuentran salpicados de refranes. Lo interesante es que la organización semántica facilita que cualquier refrán omitido o de nueva creación tenga su espacio correspondiente.

Aunque pensamos que esta estructura, esta clasificación, evita mejor que cualquier otro diccionario la dispersión de nuestro refranero, lo atesora, lo mantiene, lo guarda en sus campos correspondientes. Creemos, sin embargo, que la clasificación se podría haber mejorado. ¿Dónde aparecen las deficiencias? Creemos que la dificultad se instala en la amplitud de significados del refrán, en la proporción en la que determinados significados superan o condicionan a otros. Esa dificultad no es exclusiva de los refranes, sino de todos los términos del diccionario. La amplitud significativa de una palabra, o de un refrán, no puede medirse. Los sinónimos casi nunca son exactos, el concepto de cuasi-sinónimos solo sirve para excusar la inexactitud, y la huida hacia las ideas afines acaban por difuminar los límites.

Otra carencia aparece en la clasificación. Refranes con términos en desuso aparecen unidos a otros que parecen más recientes. Y de la misma manera, tampoco ha previsto el autor una diferenciación, tal vez por demasiado subjetiva, entre los refranes que por su estética habría elegido Cervantes o Fernando de Rojas, y los que pertenecen al lenguaje coloquial o incluso limitan con el vulgar.

Si partimos de la idea en busca de la palabra, uno de los diccionarios más práctico es el de *Diccionario de ideas afines* de Fernando Corripio (2006). También lo es el *Diccionario ideológico de la Lengua Española* de Casares (1949). En ambos los límites quedan difuminados. En el de Casares se notan menos porque todos sus campos están precedidos de un sustantivo. Corripio, por su parte, vence la dificultad mediante el añadido de palabras a tropel. Así, cuanto más generales y abstractos son los significados, con más frecuencia aparecen repetidos en los lemas.

Considero que debe existir la posibilidad de construir un diccionario conceptual que se ajuste perfectamente al pensamiento de cualquier usuario, pero también pienso que esa estructura aún no existe, al menos entre los consultados. Dentro de estas carencias, descubro que el Atlas léxico es, sin duda, un refugio para el patrimonio parémico de la lengua española.

Me atrevería a decir que las paremias, los refranes, aquellos que nos encanta pronunciar u oír gracias al bimembrismo, al isosilabismo, a las rimas elaboradas, a la anáfora, a la ausencia de determinantes, son las únicas estructuras literarias fijas capaces de introducirse, gracias al ingenio popular, en la cadena hablada a modo de cualquier palabra o expresión. He aquí el tinte literario de las lenguas.

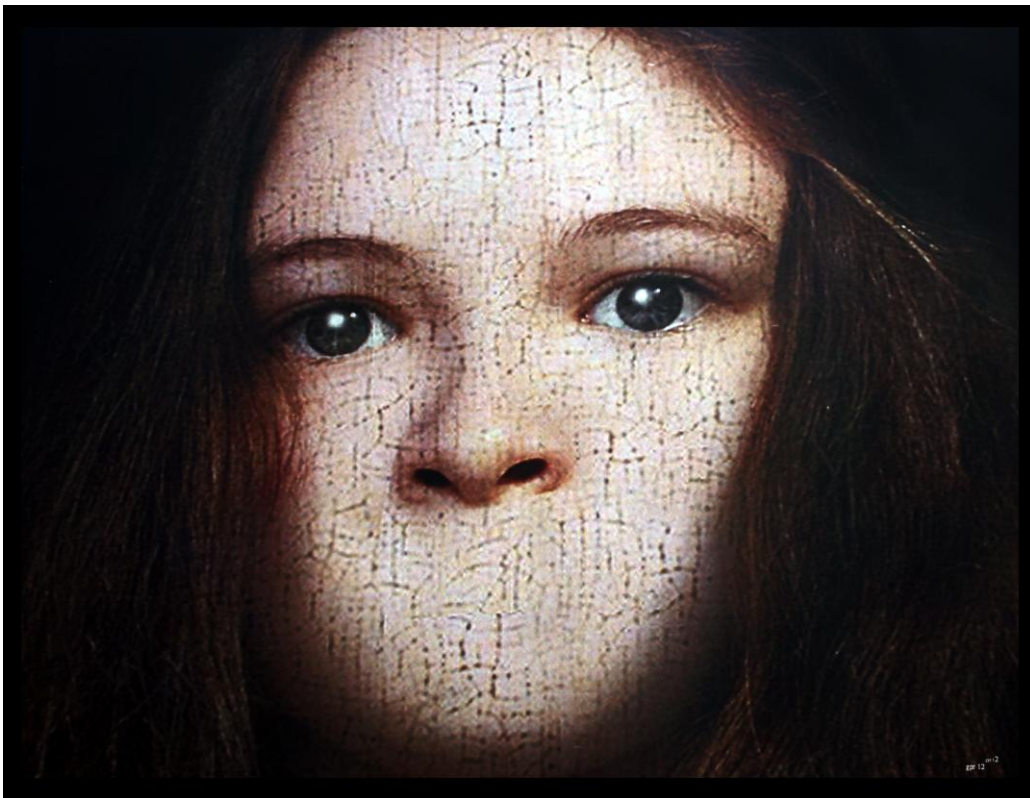
BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR EZQUERRA, M. *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona: Bibliograf, 1995.
ANSCOMBRE, J-C. "Estructura métrica y función semántica de los refranes." *Paremia* 8 (1999): 25-36.
CASARES, J. *Diccionario ideológico de la Lengua Española*. Barcelona: Gustavo Gili, 1959.
CORRPIO, F. *Diccionario de ideas afines*. Barcelona: Herder, 1985.
COVARRUBIAS, S. DE. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, 1611.
MOLINER, M. *Diccionario de uso de la lengua española*. Madrid: Gredos, 1966-67.
MORAL, R. DEL. *Diccionario ideológico. Atlas léxico de la lengua española*. Barcelona: Herder, 2009.
———. *Diccionario temático del español*. Madrid: Verbum, 1999.

- . “Principios para un diccionario conceptual y sistemático de la lengua española.” *Actas de XXXV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*, 2005.1314-30.
- RAE. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa, 2003.
- ROGET, P.M. *Roget's Thesaurus of English Word and Phrases*. Londres, 1852.
- SAIAJOVA, L. G., JASAJOVA, D. M., MORROVKIN, B. B. *Tematicheskii slovar russkogo iasika. Diccionario temático de la lengua rusa*. Moscú: IIsdatelsvo, 2000.
- VV. AA. *Le dictionnaire des analogies*. Paris: Larousse, 2009.

“This work was supported by the National Research Foundation of Korea Grant funded by the Korean Government MEST, Basic Research Promotion Fund) (NRF-2010-013-042-869-6132).”

Hyosang Lim es doctor en Lengua y Literatura españolas por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido director del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Kyung Hee (Corea). Desde 2010 ha sido profesor visitante en la Universidad de Castilla-La Mancha y Consejero para el Ministerio de Asuntos Exteriores y Comercio (MOFA). Entre sus publicaciones, cabe destacar sus estudios de formas verbales –en coreano y español– de *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*, de Cervantes, y su traducción al coreano de *La Regenta*, de Leopoldo Alas “Clarín”.



En boca cerrada no entran moscas © Gerardo Piña-Rosales

Se nos están olvidando las palabras

Cristina Bertrand

Academia Norteamericana de la Lengua Española

La función primordial de un idioma es la comunicación, y la comunicación se hace a través de palabras tanto escritas como habladas. Estudiamos un idioma extranjero para comunicarnos con los habitantes de ese país en tres áreas: la comunicación oral, la escritura y la lectura. Pero a muchos de los sistemas de aprendizaje de idiomas en la actualidad se les están olvidando las palabras, el núcleo esencial de la comunicación.

Las palabras han quedado arrinconadas por la exuberancia de medios didácticos a disposición de los profesores. Ya no se habla de ellas, sólo de herramientas (pronto lo diremos en inglés también “tools”), juegos, gráficos, historias, vídeos, hasta construcciones de colores. No olvidemos el dicho chino “Una imagen vale más que mil palabras”, con lo cual, y contra toda lógica de aprendizaje lingüístico, se apuesta por las imágenes en contra de las palabras. Los estudiantes apenas leen, sólo miran, observan, adivinan, comparan imágenes en los textos, buscan apartamentos con todo tipo de imágenes de muebles, calles, ciudades, pasean por la ciudad observando los árboles, las calles, los coches, o se van de viaje a países exóticos en busca de más imágenes.

Y ¿dónde se quedaron las palabras?

Precisamente porque se perdieron es por lo que cada día se necesitan más medios didácticos complejos, de tal forma que la enseñanza de idiomas se está hipertrofiando y retroalimentándose. Es decir, su función no es enseñar para que el estudiante pueda abandonar dicha enseñanza lo antes posible, sino “mejorar” las herramientas creando unas nuevas. Y así hasta el infinito. Visitar una estantería de libros de aprendizaje de idiomas es caer en una vorágine de imágenes de donde no parece haber salida. ¿Será posible que se estén creando todas esas imágenes para no enseñar más que unas pocas palabras por libro? Porque esto sí sería una solución para la industria pedagógica, se necesitarían libros *ad infinitum*, porque nunca llegaríamos a aprender del todo. Y materiales, y libros de ejercicios, y CDs y vídeos, y audios y juegos de ordenador y...

Y ¿cuándo podremos leer algo en el otro idioma? Difícil nos lo ponen.

El estado del aprendizaje del chino es aún más patético por las características de la lengua. Hace algunos años, no se sabe aún si un chino o extranjero dijo que aprender chino era difícil... y todo el mundo se lo creyó. A continuación, no se sabe si la misma persona u otra diferente añadió que “aprender los sinogramas chinos” era poco menos que imposible... y todo el mundo se lo volvió a creer. Y entonces vino el genio de la lámpara de Aladino con

la solución ideal: aprended el pinyin, que es la transcripción fonética del chino. Es decir, aprended un idioma por sus sonidos... Maravilloso. A partir de ahí las cosas comenzaron a declinar de forma alarmante. Las personas, animadas al principio por no tener que aprender los sinogramas, empezaron a hablar un poco en chino y les pareció asequible... hasta que se dieron cuenta de que podían hablar un poco pero no podían leer ni una palabra, es decir, eran analfabetas. Pero para entonces ya era muy tarde, ya habían perdido uno, dos, tres, o hasta más años intentando aprender un sistema fonético abstracto y no iban ahora a ponerse otros tantos años a aprender a leer. Entonces lo dejaron. La tasa de abandono de los estudios de chino es alarmante. Si bien cada día hay más interés por aprender, lo cierto es que el abandono es casi total pasados unos meses. Lógico, no se puede aprender una lengua por sus sonidos.

Por eso desarrollé el sistema Kěyǐ, para recuperar las palabras y, más aún en el chino donde las palabras no sólo tienen un significado sino que, además, son bellas. Un texto chino es una belleza de composición y equilibrio y las palabras se suceden en perfectos cuadrados de armonía.

Los libros Kěyǐ son los Libros del Vacío. El Libro del Tao dice que sólo lo vacío se puede llenar, y por eso los libros Keyi tienen páginas “vacías” para que se puedan llenar de sinogramas. Nada debe competir con ellos porque no sólo tienen significados en sí mismos sino que además, poseen una imagen. ¿Y porqué destruir una imagen con otra imagen? La belleza de la imagen del sinograma chino es tal que debe permanecer aislada. Sólo así se convertirá en un medio de comunicación y al mismo tiempo en un acercamiento a la esencia de la cultura china.

LOS LIBROS DEL VACÍO

Sólo se puede llenar
lo que está vacío.
Los sinogramas llenan
de belleza y significado
ese vacío.

Para más información sobre el sistema Kěyǐ: www.keyisystem.com

Cristina Bertrand recibe su doctorado en Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid en 1987.

En China se la reconoce como experta no solo en la enseñanza de la lengua española sino en el conocimiento del *I Ching*, o libro de las mutaciones, texto clásico chino sobre el que ha escrito extensamente en publicaciones como *I Ching Imágenes para la Meditación* y *I Ching Images for Meditation (Art Cards,)* Miami, 2008, en dos versiones, español e inglés.

En China ha brindado un gran número de conferencias en universidades como Shanghai University, Fudan University, Jiaotong University, y en la British Center, el Royal Asiatic Society, el Museo de Arte Contemporáneo, etc., todos en la ciudad de Shanghai.

En la actualidad está desarrollando el método de enseñanza de chino KEYI para hispanohablantes, que

ha sido acogido muy favorablemente por la comunidad de habla hispana de Shanghai. Próximamente se publicarán los libros del Nivel I y Nivel II y el libro de Gramática china básica.



KOAN © Gerardo Piña-Rosales

